

Crisis y Reinención de la Ciudad contemporánea



Archipiélago num.62

“Geografía urbana de la pobreza”

Rosario del Caz, Pablo Gigosos y Manuel Saravia

“Asistimos a un salvaje proceso de urbanización de los pobres”, “Pobreza y desigualdad se concentran ahora en las ciudades, tienen sesgo urbano”, “Para los gobiernos siempre ha existido de la tabula rasa. La *erradicación* de la pobreza ha sido muchas veces una operación de barrido (literal) de personas y casas”

Rosario del Caz, Pablo Gigosos y Manuel Saravia han publicado juntos tres libros: *Planes parciales residenciales: manual profesional* (Castilla León, Consejería de Educación y Cultura, 2204), *La ciudad y los derechos humanos: una modesta proposición sobre derechos humanos y práctica urbanística* (Madrid, Talasa Ed. 2002), *Ciudades civilizadas: lecciones de urbanismo* (universidad de Valladolid, 1999)

Tenemos en nuestras manos informes diversos, todos recientes, sobre la pobreza en el mundo, y algunos textos interpretativos. El informe más exhaustivo es el último de UN-Habitat, la institución creada por Naciones Unidas en 1978 con el loable y hasta ahora fallido doble objetivo de reclamar viviendas dignas para todo el mundo y un desarrollo urbano respetuoso con el planeta. Los datos (una especie de auditoría global sobre este asunto) son demoledores y contundentes, y se expresan con un talante acrítico poco habitual en este tipo de trabajos institucionales.¹

El inmenso tamaño de la pobreza urbana

Apabulla, de entrada, la enormidad de las cifras, pero también la naturaleza de lo que muestran, el profundo desequilibrio que constatan. Parece ser que finalmente la expansión demográfica no llegará a las proporciones catastróficas que se anunciaban hace algunos años. Sin embargo, incluso con los cálculos más moderados, el crecimiento alcanzado y el esperado son suficientes para marcar el destino de muchos países y ciudades. Oficialmente el planeta dejó el siglo XX con algo más de 6.000 millones de habitantes, después de haberlo iniciado con poco más de 1.500 millones. Durante todo este tiempo se ha incrementado también, y de forma aún más espectacular, la riqueza global: según datos por lo visto bastante fiables,² la renta media de la población se habría multiplicado por nueve, cuando en el siglo XIX, también de fuerte crecimiento, este incremento apenas había sido del doble. Sin embargo, y he aquí un primer “matiz” importante, nunca las desigualdades habían sido tan profundas. En esto también hay unanimidad. Todas las estimaciones destacan cómo se ha incrementado la brecha entre ricos y pobres y la concentración geográfica de la riqueza.³

Estas circunstancias se producen además con una peculiaridad no por esperada menos importante: pobreza y desigualdad se concentran ahora en las ciudades, tienen sesgo urbano. Ya no rige como antes el contraste entre campo y ciudad. En ello influye el que el planeta se haya urbanizado aceleradamente, incluso con mayor intensidad que la preconizada en su día por el Club de Roma (en su informe de 1972). En 1950 sólo el 30% de la población era urbana; y hoy ya es prácticamente la mitad (y pronto lo serán dos tercios, hacia 2050). Pero lo más alarmante es que este desarrollo se está produciendo fundamentalmente en los países pobres, hasta ahora menos urbanizados (salvo América Latina, que en esto está equiparada a Europa y Norteamérica, con un 75% de la población residiendo en ciudades. Asia y África se mueven en cambio en torno al 36-37%, pero con un apreciable ritmo de incremento: el 3,77% en el primer caso, y el 4,87%, más

acelerado, en el caso africano), y que está ocurriendo sin un desarrollo económico correlativo que lo sustente, como era habitual en etapas históricas anteriores. Ciudades pobres, incluso con economías en retroceso, están soportando aumentos considerables de su población.

No puede por lo tanto sorprender la observación de quiénes son las protagonistas de este proceso urbanizador: inmensas extensiones de chabolas que se hacinan, ampliando sin límites los centros urbanos de muchos países del Tercer Mundo. Lo que los anglosajones conocen como *slum*, que en cada país adopta su peculiar denominación.⁴ Asistimos pues a un salvaje proceso de urbanización de los pobres. El campo empieza a dejar de ser su refugio y los expulsa a la ciudad que pasa así a convertirse en el lugar hacia donde se desplaza, sin aparente retorno, la vieja pobreza rural.

El informe citado de Naciones Unidas lo resume con una cifra concluyente: casi mil millones de personas viven ya hoy en estos asentamientos precarios. Sin servicios básicos de agua, saneamiento o recogida de basuras; muchas veces sin electricidad, sin pavimentación alguna, de difícil acceso, sin escuelas o servicios médicos, sin espacios públicos, con dificultades de abastecimiento, etc. En tales asentamientos vive un tercio de la población urbana mundial. 550 millones de personas en Asia, 187 en África y 128 en América Latina. Y en los países ricos los 54 restantes. Éstos son los datos, y la previsión es que en 30 años estas cifras se habrán doblado. Así que hablar de pobreza es hablar de estos barrios.

Tres continentes

El fenómeno más aparente de expansión se muestra en las nuevas megaciudades, que siguen multiplicándose. Y ahora en los países no industrializados (de las 19 ciudades que en 2000 contaban con más de 10 millones de habitantes, 15 pertenecen a estos países).⁵ Pero es igualmente rastreable en ciudades menores, especialmente activas a la hora de absorber una importante población rural. Hasta tal punto que ya hay que hablar más de una urbanización intensa de partes del territorio, de un *continuum* rural-urbano que da lugar a la creación de multitud de nuevos corredores que emulan a los tradicionales de los países ricos (los de Tokio-Osaka, el bajo Rin o Nueva York-Philadelphia), pero ahora con chabolas: por ejemplo los de los deltas del Pearl (Hong Kong-Guangzhou) y del Yangtze (Shanghai), junto con el del corredor Beijing-Tianjin, en China; o el enorme de Abidjan-Ibadan, de Costa de Marfil a Nigeria.⁶

Asia protagoniza este proceso. Es el continente más poblado con diferencia (3.830 millones de habitantes), con dos gigantes como China e India.⁷ Pero además tiene en su haber la región más densamente ocupada, el Sudeste asiático: un lugar abarrotado donde no cabe un alma. Ahí están, además de la India, países punteros en cuanto a población, como Indonesia, Pakistán o Bangladesh (¿Cómo pueden vivir en este último 147 millones de personas en una superficie de menos de 150.000 km², además periódicamente inundable en una importante proporción?).

En estos países se produce el fenómeno del “*slum dentro del slum*”, tanto es el hacinamiento. Baste citar el ejemplo de Mumbai (Bombay), una ciudad de 18-20 millones de habitantes. Como se señalaba en un reportaje periodístico reciente, “media España ahí metida”.⁸ La impresión que producen los barrios de chabolas es sobrecogedora: “Uno ve un suburbio con cuartuchos de 9 m² en los que viven familias de 4 y 5 personas y lo encaja mal; pero es que la capacidad de tocar fondo se relativiza a cada nuevo tránsito por Bombay. Porque hay otros que ni siquiera tienen cuartuchos, sino una especie de tiendas de campaña hechas de los plásticos que van recogiendo por la ciudad (...). Pero es que aún puede ser peor, porque hay otros que ni tienen esos cuatro plásticos, sino que viven directamente tirados en la cuneta o bajo un puente. Y aún puede ser peor. La nada puede transformarse en menos que nada. Y uno ve pululando como *zombies* entre los coches a leprosos negros de suciedad que mendigan sin ni siquiera manos”.

Aunque son suburbios terribles (se señala también), no se respira violencia, “a diferencia de los latinoamericanos”. Efectivamente ésta, un alto nivel de tensión y cólera latente, parece ser más una característica del *slum* de América Central y del Sur. Si en Asia destaca la inmensidad de las cifras, aquí es el contraste, la máxima desigualdad entre ricos y pobres que envenena todas las relaciones. Todos los países de la región son más desiguales que el promedio mundial, y 16 de los 18 pueden catalogarse como sumamente desiguales (en los últimos años el desempleo ha aumentado y la desigualdad también). Y a pesar del alto índice de urbanización ya alcanzado, los asentamientos marginales siguen multiplicándose. (Ha sido determinante, como en el caso de África, que el campo se haya visto afectado por los “programas de ajuste estructural” del Fondo Monetario Internacional, que han provocado un éxodo rural sin precedentes). Estos asentamientos se disponen junto a los barrios de los ricos, que han reaccionado cerrándose y acorazándose. En Buenos Aires, por ejemplo, la violencia se respira en el contacto entre las “villas miseria” y las lujosas urbanizaciones cerradas que rodean (allí llamadas *countries* o *megaemprendimientos*).⁹ Una técnica extendida a todo el mundo, pero que sigue haciendo escuela incluso entre las municipalidades. En Río de Janeiro acaba de ordenarse el levantamiento de un muro de 3 metros de altura para aislar las favelas más conflictivas, tomadas por el narcotráfico, que atemorizan a los habitantes de los acomodados barrios colindantes.

En este reparto África se lleva la peor parte. Se dice que en general los barrios pobres de América Latina tienen mejores servicios que los del Sudeste asiático, que a su vez tienen un mínimo urbano (servicios como agua y electricidad), algo que está totalmente ausente en los suburbios pobres de África. En estos últimos la violencia ofrece una cara diferente. Los desastres naturales y los conflictos armados son factores fundamentales que explican la huida hacia la ciudad. Es frecuente que la nueva población urbana no pierda la relación con las aldeas de origen: se ve la ciudad como un refugio temporal.¹⁰ La corrupción política, que es aquí máxima, la dependencia de los intereses de los países industrializados (los blancos no se han ido del continente, mantienen sus representantes a través de las multinacionales: el petróleo se ha convertido en una trampa para el desarrollo de estos países), complican cualquier proceso razonable de mejora urbana.

Problemas compartidos

En cualquier caso, al margen de estas diferencias entre continentes, muchos de los problemas de estos barrios son muy similares. A pesar de las diferencias relativas entre ellos, la marginalidad, la carencia o el difícil acceso a los servicios (que la población urbana de los barrios más ricos disfruta sin problemas y con frecuencia a un precio menor),¹¹ la inseguridad y vulnerabilidad son lacras comunes. Y comunes parecen ser las dificultades para modificar ese estado de cosas.

En el pasado la pobreza urbana, aunque de forma lenta, se desplazaba. Siempre ha habido ciudades pobres que devenían ricas y a la inversa; y por supuesto, lo mismo sucedía con sus barrios. No es difícil rastrear en las ciudades las huellas de estos procesos. Pero la desmesurada magnitud de lo que está ocurriendo en los últimos cincuenta años y la tremenda asimetría a que da lugar hacen difícil que pueda pensarse a corto plazo en algo que no sea un progresivo agrandamiento de las diferencias entre unas y otras zonas urbanas.

Por de pronto hay que recordar que para los gobiernos siempre ha existido la tentación de la “tabula rasa”. La “erradicación” de la pobreza ha sido muchas veces una operación de barrido (literal) de personas y casas. Precisamente el origen de las favelas brasileñas se asocia al proyecto de un alcalde de Río de Janeiro, Pereira Passos, que en 1902 puso en marcha una gran intervención urbana que se denominó la *Hausman tropical*, emulando la “reforma interior” del prefecto de París: una reestructuración a gran escala del centro urbano que conllevó la eliminación de las viviendas populares del centro (los *cortiços*). La promulgación, en esas mismas fechas, de normas que prohibieron la autoconstrucción en el centro e impusieron onerosos impuestos a la edificación acabaron por expulsar a las afueras a los más desfavorecidos, que se vieron forzados a tomar los morros (cerros testigos) de los alrededores, iniciándose la formación y expansión de las *favelas* (un término que designaba un arbusto característico de los morros).¹²

Varias décadas después, las dictaduras de Argentina y Chile ofrecieron nuevos ejemplos de actuación en este mismo sentido. Se estima que en 1976 vivían 210.000 personas en las “villas miseria” de Buenos Aires. En 1978 el gobierno militar decidió su erradicación forzosa y los limpió con gran violencia, de tal forma que la población de las villas descendió hasta las 12.000 personas en 1983. Los desalojados fueron a parar a los municipios del Gran Buenos Aires, “llevándose consigo su ilegalidad y su miseria” (O. Oszlak).¹³ Pero no sólo se ha hecho así en América. Más recientemente Lagos, la ciudad emergente africana, ha ofrecido un nuevo ejemplo de esta forma de actuación. La excusa ha sido ahora (1997) un proyecto del Banco Mundial para la mejora del saneamiento urbano, que ha servido para justificar la demolición, prácticamente sin compensación alguna a sus moradores, de quince barrios miserables del centro urbano. Y qué decir del muy llamativo ejemplo de Shanghai, donde también se han sacrificado barrios enteros para hacer sitio a los nuevos rascacielos de la ciudad moderna: hasta 2,5 millones de habitantes han sido malamente expropiados desde 1990 al grito de «*Bu po bu li!*»: sin destrucción, no hay construcción.¹⁴

Y sin embargo sólo cabe, por justicia y por realismo, apoyarse en la población de estos barrios, aprovechar la enorme riqueza personal e incluso la escasa riqueza material oculta en esos asentamientos decrépitos para su regeneración. Ya en los años 1950, el arquitecto británico J. Turner, trabajando con las comunidades locales en la reconstrucción de Lima después de un terremoto devastador, se dio cuenta del error que suponía trasladar allí su supuesta superioridad profesional. Rechazando la intervención de grandes organismos centralizados planteó la rehabilitación de los barrios existentes a partir de la capacidad de autoorganización de la población. Lo que suponía asumir el chabolismo y transformarlo desde dentro. Desde entonces hay experiencias diversas y muy numerosas. En la India, donde el Ministerio de Urbanismo se denomina significativamente “de Alivio de la Pobreza”, el arquitecto Charles Correa, en línea con los anteriores planteamientos, exige quizá lo más difícil: sitio. Con algo de sitio puede organizarse decentemente la residencia de los millones de desalojados. Una asociación del país denominada La Alianza organiza a las comunidades para trabajar en proyectos concretos (construcción de aseos o reubicación de viviendas, por ejemplo). En Brasil, el programa *favela-bairro*, de mediados de los años 90, se funda en la misma idea. Asume la presencia de las favelas y se propone dignificarlas; integrarlas en el contexto urbano y reconocer a sus pobladores el estatus de ciudadanos; reconoce derechos de propiedad y dota a los barrios de servicios y equipamientos urbanos públicos (una opción radicalmente opuesta a la construcción del muro antes citada).¹⁵

Y en Indonesia, por citar un tercer ejemplo, habría que hablar de la política nacional de ayuda a la población encauzada en el programa de renovación de los “Kampung”. Conforme a éste, el ayuntamiento de Surabaya decidió proporcionar materiales a los vecinos de los barrios pobres con los que éstos urbanizaron y edificaron. Un programa que, vistos los resultados, se amplió después a cientos de ciudades.¹⁶

Estas políticas activas pueden y deben moverse en distintos frentes. Uno, el reconocimiento de la tenencia de la vivienda (títulos de propiedad o de alquiler legalizado) que dé seguridad residencial a los habitantes. Un asunto no siempre sencillo. “Fácil” en el caso del suelo público, pero mucho más complicado cuando el suelo ocupado es de propiedad privada. Se ha intentado abordar de formas muy diversas, incluso con la nacionalización del suelo disponible para urbanizar. Así se ensayó en la India, por ejemplo. Una vía que no prosperó, aunque se multiplicaron otro tipo de actuaciones sustitutorias. En 1984, por ejemplo, el gobierno de Madhya Pradesh aprobó una ley para otorgar el derecho de superficie durante 30 años a los ocupantes de suelo público. Esta última circunstancia limitaba ya el alcance de la medida, de la que ni siquiera se beneficiaban todos los ocupantes de este tipo de suelo (aunque sí lo hizo un 43% de ellos). En Delhi el programa que incluía la regularización de la propiedad permitió afectar hasta 1993 a un 18% de los asentamientos.¹⁷

Otro frente de actuación, los programas de dotación de infraestructuras básicas, servicios de agua y saneamiento, recogida de basuras o mejora de los caminos de acceso, que constituyen otra de las grandes y reiteradas fórmulas de actuación pública en estos barrios. Aquí habría que recordar nuevamente el ejemplo de Indonesia, ya comentado. O el de El Cairo, donde se celebra el éxito de los *zabbaleen*, los recogedores de basura que, con tecnologías sencillas y basándose en su propia iniciativa y habilidades, la reciclan y comercializan desde hace varias décadas. Con los ingresos de esta actividad han podido dotar a sus asentamientos de notables mejoras en infraestructuras y equipamiento. Son en cualquier caso unos ejemplos que ilustran otro aspecto fundamental de las políticas públicas en los barrios pobres: las que se refieren a las ayudas “a la persona”. Que pueden referirse al aporte de materiales o técnicas, pero también, de efectividad incuestionable, a la educación y a la información. O a la financiación, la generalización de los microcréditos.

La clave en todos estos procesos reside en confiar en la capacidad de autoorganización y ayuda mutua de la población del *slum*, frente a la más que frecuente corrupción e ineptitud de los gobiernos. La actitud de los estados con sus ayuntamientos es determinante, y no son de extrañar las críticas a las organizaciones económicas internacionales por favorecer a los primeros en detrimento de los últimos.¹⁸ Por eso experiencias como la de los presupuestos participativos pueden llegar a ser tan importantes.

La dignidad del inmigrante

¿Y en los países industrializados? Por de pronto, la llamada “transición demográfica” (estabilización de la mortalidad y baja fecundidad), que algunos países de Asia y América Latina empiezan a practicar (muchos otros, prácticamente todo el continente africano y el oriente próximo, ni siquiera se han acercado a este proceso y continúan con una fuerte tasa de fecundidad), es una fase que los países ricos superaron hace más de un siglo.¹⁹ Y además, obviamente, son países con dinero. Basta referirse a las diferencias entre los presupuestos municipales: la relación entre los de las ciudades de África y de los países industrializados es de 1:182 (en 2001). No puede sorprender que la situación sea totalmente diferente. Lo que no quiere decir ausencia de pobreza urbana.

Sin embargo la pobreza no ofrece aquí la imagen del chabolismo, que desde hace años ya sólo tiene carácter residual. Es cierto que en algunos lugares se asiste a un nuevo despertar de los asentamientos precarios,²⁰ pero su incidencia todavía está muy lejos de la que tuvo décadas atrás. Pues hasta mediados del siglo pasado el chabolismo seguía siendo un componente fundamental en la construcción de ciudad. En España, por ejemplo, fue todavía una de las principales formas de crecimiento urbano hasta los años 1950 y 60, y en esta época se trataba ya de un fenómeno muy acotado. En esos años se dio paso a la construcción masiva de viviendas públicas y sobre todo de viviendas subvencionadas, esos bloques con los que se formaron las grandes periferias urbanas del *boom* inmobiliario del final del franquismo.

Las bolsas de pobreza están presentes en algunos barrios tradicionales de la ciudad histórica, centrales, y en determinados polígonos de bloques en proceso de degradación. Son las “áreas vulnerables”, las “zonas urbanas sensibles”.²¹ Que cuando estos barrios interesan por su posición (al mercado o a las autoridades), se multiplican los mecanismos para fomentar la expulsión de sus pobladores sin violencia explícita. Es la llamada “gentrificación”, que supone la progresiva sustitución de usos urbanos y tipologías edificatorias de estas zonas por otros y otras que llevan a la sustitución paulatina de la población residente por nuevos pobladores, con mayor poder adquisitivo. Si se trata de barrios que no interesan, como sucede en muchas de las periferias degradadas, la falta de inversión contribuye a acrecentar la pobreza.

Todo ello adquiere un matiz característico en estos países, al estar relacionado con la presencia de la inmigración no reconocida. Y de hecho aquí reside el principal problema de la pobreza urbana en las ciudades ricas. Pues los barrios pobres multiplican sus problemas y aceleran la degradación cuando se

convierten en lugares de concentración de la inmigración clandestina (no importa que se trate de áreas periféricas o del centro histórico). El pobre que llega a estos barrios sigue siendo el mismo que hemos visto llegar a las grandes ciudades africanas o latinoamericanas, el que viene de los países pobres. Es muchas veces un inmigrante del campo a la ciudad, como en el resto del mundo. Con un salto más, pero el mismo.

Y este es el asunto aquí. En lugar de plantear una política decidida de integración, activa (para la que se tiene el dinero necesario, nadie lo dude), con frecuencia se prefiere la creación de nuevas fronteras interiores. Cerrar y fragmentar las ciudades. Es más. Muchas de las demoliciones de grandes conjuntos residenciales, que se intentan justificar por razones “de higiene pública” o saneamiento de áreas están a menudo relacionadas con la persecución al inmigrante.²² Una población no reconocida que recibe un trato indigno. Considerados gente sin derechos, no es posible la aplicación de esas mismas políticas que se reivindican en los países pobres (basadas en la autoorganización).

Los barrios pobres han tenido siempre su dignidad. Richard Hoggart comenta en su libro sobre “la cultura del pobre” (*The Uses of Literacy*) el caso de Leeds en las décadas centrales del siglo XX, y Pierre Sansot habla, en *Gens de peu*, de la ciudad francesa a finales del mismo. Ambos autores dedican sus libros a la dignidad de esos territorios. Una dignidad que va más allá de lo meramente material. Una dignidad que empieza por el nombre mismo de sus habitantes. Sin embargo, los inmigrantes “sin papeles” no tienen siquiera nombre. Según Vincenzo Ruggiero “la abolición de la dignidad es inherente al mandamiento de hacerse invisibles al que los inmigrantes están sometidos”. Invisibilidad que corresponde a vulnerabilidad. La pérdida de la dignidad se asocia al hecho de que, al tener que esconderse, los inmigrantes no pueden interactuar con quienes les juzgan. Y de esta manera, mientras los autóctonos pueden elaborar la percepción (o comprensión) de los inmigrantes, estos últimos no están en condiciones de hacer lo mismo con ellos. “La percepción unidireccional –continúa Ruggiero- `reifica´ al otro, haciéndolo indigno”.²³ La inmigración no regularizada se equipara al caos, y los barrios que habitan semejan caóticos y peligrosos. Se ha dicho (ya lo comentamos más arriba) que de aquí al 2030 el número de habitantes del *slum* se doblará. ¿Su residencia seguirá adoptando en nuestro país la forma de la indignidad?

© Rosario del Caz, Pablo Gigosos y Manuel Saravia

Este artículo fue publicado en Archipiélago
Cuadernos de Crítica de la Cultura núm.62
coordinado por:



notas

- ¹ UN-Habitat, *The Challenge of Slums: Global Report on Human Settlements 2003* (Londres, 2003). Otro informe fundamental, el del Global Urban Observatory, *Slums of the World: The face of urban poverty in the new millenium* (New York, 2003).
- ² Lo dice G. Tortella, a propósito de J. B. DeLong, *Cornucopia: The Face of Economic Growth in the Twentieth Century*, en su libro *La revolución del siglo XX* (Madrid, Taurus, 2000). Se refiere a cifras por habitante. Al haberse multiplicado la población por casi cuatro, habría que hablar de una multiplicación por 35 de la producción mundial.
- ³ Lo admite incluso el Banco Mundial. Ver www.worldbank.org/poverty y el *Human Development Report 2003*. Una cifra: el 1% de la población acumula la misma riqueza que los 2.700 millones de personas más pobres. Y la brecha aumenta.
- ⁴ Bidonvilles, favelas, villas miseria, barriadas, ranchitos, tugurios, kampung, gecekondu, chabolas, etc.
- ⁵ En 1950 sólo Nueva York superaba los 10 millones. En 1975 lo hacían además Tokio, Shanghai, Ciudad de México y Sao Paulo. En 2000 además hay que contar con Bombay, Lagos, Calcutta, Buenos Aires, etc. Los países industrializados sólo aportan como nuevas incorporaciones Los Ángeles y Osaka.
- ⁶ Mike Davis, "Planet of Slums", en *New Left Review* 26 (March-April 2004).
- ⁷ China tiene 1.290 millones de habitantes e India 1.070. Tengamos en cuenta que USA, el tercero de la lista mundial de población por países, "apenas" suma 290 (cifras actualizadas a 2003). Ver A. Hayes y M. V. Nadkarni (eds.), *Poverty, environment and development: studies of four countries in the Asia Pacific Region* (Bangkok, Unesco, 2001).
- ⁸ Un testimonio de Rafael Ruiz para *El País semanal* (2004).
- ⁹ Guy Thuillier, "Gated communities in Buenos Aires", *Informe de Valladolid 2002* (La ciudad y los derechos humanos. Escuela de Arquitectura de Valladolid, 2002), p. 19-22. Por lo general, los habitantes de estas opulentas comunidades cerradas se niegan a pagar sus impuestos municipales, puesto que cuentan con servicios contratados a empresas privadas. Como resultado, la quiebra de las arcas municipales y el incremento de la violencia de los excluidos, que tratan de tomar por la fuerza su cuota de riqueza.
- ¹⁰ Existe hasta una inmigración nocturna debido a la violencia bélica. En Uganda se estima (Revista de *Médicos sin Fronteras* 57, abril de 2004) que unos 50.000 niños participan en un éxodo en busca de refugio y seguridad en los centros de las ciudades. Recorren a pie varios kilómetros desde sus aldeas para pasar la noche sin el peligro de ser raptados e incorporados a los ejércitos. (Todos los ejércitos nutren sus filas con niños, observa Kapuscinski, la mitad de la población de África aun no tiene cumplidos los quince años). A la mañana siguiente emprenden de nuevo el camino a sus escuelas, cerca de sus casas.
- ¹¹ La pobreza es muy cara. El agua, que con frecuencia sólo llega los barrios marginales en camiones cisternas, se vende a un precio mucho mayor que el que pagan los ricos por el agua municipal que les llega por las tuberías. Así el precio del agua puede llegar a ser en los suburbios marginales entre 7 y 11 veces más cara que la que se paga en las zonas residenciales más ricas de Nairobi; y de 12 a 25 veces más cara que el agua del grifo en Dhaka. De 16 a 34 veces más cara en los barrios pobres de Tegucigalpa; de 20 a 60 veces más cara en Surabaya y de 28 a 83 veces en Karachi. Un agua, además, de mala calidad, que no pocas veces transmite el cólera: se paga más para coger el cólera. Datos de M. O'Meara Sheehan, "Reconciliando ciudades divididas", en *Informe Worldwatch 2003* (Barcelona, Icaria).
- ¹² A finales de los años 1990 se estimaba que el 17% de la población de Río vivía en las más de 500 favelas existentes. Ver artículos de L. Fessler y P. Berestein, y L. C. Queiroz en *Ciudad y territorio: estudios territoriales*, 136-137, 2003.
- ¹³ Oscar Oszlak, *Merecer la ciudad. Los pobres y el derecho al espacio urbano*, Humanitas-Cedes, Buenos Aires, 1991. Los asentamientos precarios se han multiplicado en Buenos Aires desde la crisis económica de finales de 2001.
- ¹⁴ En esta ciudad emblema de la nueva China, de 13,4 millones de habitantes, se estima que el 60% de la población vive en condiciones de pobreza.
- ¹⁵ Roberto Segre, "Urbanidad subjetiva. La regeneración de las favelas en Río de Janeiro", *Arquitectura viva*, 68. El proyecto del muro es una decisión muy contestada desde diversos sectores que creen servirá para reactivar la violencia y desacreditar las instituciones del Estado. Pero sobre todo, un paso atrás en las políticas de integración de estos barrios.
- ¹⁶ Sobre el Kampung Improvement Program de Surabaya, Indonesia, puede consultarse la página de UN-Habitat www.bestpractices.org.
- ¹⁷ Ver *Informe de Valladolid, 2003*.
- ¹⁸ "Si el Banco quiere en serio ayudar a las ciudades, debería prestarles fondos directamente y negociar directamente con las administraciones locales", contestó Jean Jacobs el Banco Mundial en 2002. Lo recoge M. O'Meara, *op. cit.*
- ¹⁹ *Atlas de Le Monde Diplomatique 2003*, "Los contrastes demográficos", pp. 52-53.
- ²⁰ Por ejemplo, el caso de Francia. Ver B. Bissuel, "Les municipalités confrontées à la réapparition des bidonvilles", en *Le Monde*, 28-11-2002. En algunos casos se trata de asentamientos enormes: en Nanterre, 20.000 personas. No sólo en Europa: sobre los barrios pobres de USA, S. Venkatesh, *American Project: The Rise and Fall of a Modern Ghetto* (Harvard U. P., Cambridge, Mass., 2000).
- ²¹ Un estudio de estas áreas, en F. Arias Goytre (ed. y coord), *La desigualdad urbana en España* (Ministerio de Fomento, Madrid, 2000).
- ²² Un caso muy comentado por la prensa, las demoliciones de Tarterêts en 1998 (una "zona urbana sensible" en la ciudad francesa de Corbeil-Essonnes), que se plantearon expresamente para afectar a una inmigración considerada "excesiva". No siempre se plantean estas intervenciones urbanas con tal sinceridad. Ver J-Y. Cottin, *Avec les sans-logis* (L'Atelier, Paris, 2003).
- ²³ R. Hoggart, *The Uses of Literacy: Aspects of Working Class Life* (Chatto and Windus, 1957); P. Sansot, *Les gens de peu* (PUF, Paris, 1991). V. Ruggiero, *Movimenti nella città* (Bollati Boringhieri, Turin, 2000), cap. 5, "Contro l'invisibilità".